

Nicolasa Echegárate y la Máquina del Tiempo

Me llamo Nicolasa Echegárate (para lo que me queda de película, casi podría decir *me llamaba* Nicolasa Echegárate), aunque mis nietos también me llaman "Nico", *la amoña Nico*. Nací hace... hace ya... demasiados años. Soy una anciana, sí, una anciana vetusta, marchita, patética. Se diría que ya lo he visto todo en este mundo, que la vida no podría depararme nada nuevo. Pero resulta que la vida aún tenía una sorpresa reservada para mí. Vaya que sí. Y es que a pesar de mi edad, a pesar de no haber sido durante toda mi vida más que una simple oficinista en una empresa de transportes del valle navarro de Salazar, y de no tener ni idea de ingeniería ni de física cuántica, yo, Nicolasa Echegárate, *la amoña Nico*, acabo de descubrir la Máquina del Tiempo.

Ahora mismo la veo temblar entre mis manos. Ni medio kilo pesará. Su apariencia es tan sencilla, tan obvia... Claro que no voy a pedir que me concedan el Nobel de Física, ya para qué. Además, la verdad es que tengo que reconocer que el mérito no es exclusivamente mío, y que bueno, he dado con el hallazgo de pura chiripa.

Mi descubrimiento ha tenido lugar hace solo unas horas, esta misma mañana de invierno, aquí, en pleno Valle de Salazar, en la Residencia Municipal de la Tercera Edad en la que mis hijos me "alojaron" el mes pasado. No estoy muy segura del año en que estamos, ni si hoy es lunes o domingo, aunque eso tampoco importa. Después de desayunar (unas tristes magdalenas caducadas mojadas en un aguachirri de leche desnatada con sacarina –nada de té ni café, que por lo visto a los *ancianitos* no nos conviene–), pues como iba diciendo, esta fría –más que fría, escalofría– mañana de invierno, después de desayunar, como había salido algo de sol, nos han trasladado a

todas* –un poco a empujones, otro poco en volandas, como los trastos inútiles que somos– a la galería acristalada en mitad del jardín de la Residencia.

Aunque yo me había llevado mis gafas de lectura y un libro (un mamotreto bastante pesado de un tal Marcel Proust, regalo de cumpleaños de mis hijos –mira que les tengo dicho que a mí lo que me gustan son las novelas policíacas con letras grandes, pero ellos ni caso–) la verdad es que yacíamos mortalmente aburridas, como siempre, amodorradas en sillas de plástico unas, en sillas de ruedas otras, cada una con una mantita de lana a cuadros sobre las piernas, ocupando su correspondiente trocito de sol invernal, como viejas gallinas cluecas incubando nidos vacíos; hasta que ha aparecido dando voces una de las cuidadoras.

Se trataba de una jovencita rubia con pies de bailarina que se llama... se llama... de cuyo nombre no puedo acordarme (mi memoria ya no es la que era, además, como ya he dicho, solo llevo en la Residencia un mes y todavía no he tenido ocasión de intimar con nadie). La joven cuidadora acarreaba a la espalda un petate de lona repleto de cachivaches. Ha ido hasta la mesa de ping-pong, que cría musgo olvidada al fondo de la galería, casi devorada por las enredaderas y las jaurías de caracoles, y allí ha volcado el petate.

Sobre la mesa de ping-pong se ha materializado un remolino de cajas de puzzles incompletos, tableros agrietados del juego de la oca y de ajedrez, fichas gastadas de dominó, barajas mustias de cartas, palas-raquetas alabeadas, una constelación de pelotitas de ping-pong achatadas por los polos y balones medicinales de mil descolores que han comenzado a rodar torpemente sobre la mesa de ping-pong, hasta caer al suelo y perderse desinflados por las esquinas de la galería.

** Utilizaré el femenino para referirme a los y las huéspedes de la Residencia, pues aquí somos inmensa mayoría las "chicas" (y al que no le guste que se rasque. Si puede).*

Pero las huéspedes de la Residencia estamos como estamos, y esta mañana de invierno, aunque luce un poco de sol contra los sucios cristales de la galería, hace demasiado frío y pereza para despojarse de la mantita de cuadros y lanzarse a la aventura. Así que al final la cuidadora ha dejado de hacer aspavientos y de vociferar y se ha marchado refunfuñando, resignada, con un mohín en la cara que decía yo he hecho lo que podía, allá ustedes si no quieren colaborar y divertirse un poco, total, para lo que les queda de fiesta en este mundo... Todo eso decía el mohín de la joven cuidadora, sí.

Hemos respirado con alivio cuando nos hemos vuelto a quedar solas en la galería. A mí se me hacía imposible concentrarme en las letras tan diminutas y plumizas de la novela de Proust. Entonces, al cabo de un par de minutos, he visto que una de mis compañeras internas, la señora... la señora Graci... Graciela, eso es (desconozco su apellido), que tiene la cabeza ida del todo y casi no puede ni mantenerse erguida sobre la silla de ruedas, pues resulta que de pronto la veo... ay, dios mío, la veo levantarse de la silla, tal que Lázaro resucitado, y arrastrarse a trompicones hacia la mesa de ping-pong.

En cuanto ha llegado al borde de la mesa, entre todos aquellos juguetes-cachivaches inútiles, la mano esquelética y temblorosa de la señora Graciela solo ha tomado una cosa: una comba.

Por un momento he estado a punto de llamar a la cuidadora para que viniera, viera y venciera pero finalmente nada, he seguido haciendo como que leía al Proust y me he quedado muda en mi sitio, a la expectativa.

La señora Graciela, una anciana desahuciada, completamente demente senil y parkinsoniana, frágil como una figurita de porcelana china en manos de un niño gateador, de pronto sonrío, flexiona un poco las rodillas, junta los talones de los pies,

termina de desenredar la cuerda de la comba y con un mango en cada mano va y hace un molinete.

Cuando la cuerda está a punto de tocar el suelo la señora Graciela da un salto...

¡Ay ama! Pensé que se iba a matar. Fue un saltito tan... tan... insignificante. Casi se cae. Las demás residentes, inmersas en sus sempiternos duermevelas no parecían haberse dado cuenta de nada, pero a través de mis gafas yo miraba de reojo aquel prodigio, alucinada.

Graciela había dado otro salto. Y otro. Y enseguida otro más. Al cabo de unos segundos la comba giraba tan rápido que casi ni se veía. La cuerda zumbaba en el aire como las alas de una mariposa gigante tratando de abandonar su crisálida. Los saltos de Graciela eran cada vez más gráciles, casi acrobáticos. Quizás alguien pensará que me invento esto que cuento, que tengo que actualizar la graduación de mis gafas de lectura, o que yo también estoy senil, o más loca que una cabra loca, pero yo, Nicolasa Echegárate, doy fe de que esta mañana de invierno, en la Residencia de Ancianos de Salazar he visto cómo a medida que saltaba a la comba, la señora Graciela iba perdiendo canas y arrugas y se iba convirtiendo en una esbelta dama morena, luego en una lozana mozuela de mejillas arreboladas y finalmente en una sonriente niña pecosa de melena negra y brillante como carbón mineral recién sacado de la mina.

Yo no estaba soñando aquello, lo juro, de hecho, la comba que manejaba la señora Graciela se había transformado en una hélice vertiginosa que emitía un viento azulado que revolvió y rasgaba las hojas de la infumable novela de Proust.

Hasta que de pronto, chasssss... se produjo un fogonazo; un destello cegador y milagroso sobre la niña Graciela y su comba. En cuanto mis ojos recuperaron la visibilidad comprobé que la niña había desaparecido. En su lugar, ovillada en el suelo

junto a la mesa de ping-pong reconocí el abrigo mustio y las canas desparramadas de la habitual señora Graciela.

Al momento asomaron en la galería varias cuidadoras, graznando y aleteando sus batas blancas como cuervos albinos. Se agacharon junto a la pobre Graciela y pude escuchar sus nerviosos parloteos: «paro cardíaco, reanimación, ambulancia, demasiado tarde...»

Al fin, yo también me levanté de mi silla, dejé el libro de Proust a un lado y me acerqué al pequeño tumulto. A unos centímetros de las piernas de la inmóvil señora Graciela vi la comba. Con un largo suspiro me agaché, estiré la mano y la recogí. Luego, mientras las cuidadoras seguían perdiendo el tiempo con el cuerpo ya frío de la señora Graciela yo volví a mi silla y guardé la comba bajo mi mantita de cuadros, tal que si guardara un gran tesoro, un mágico talismán.

Esta noche, cuando todas estén acostadas, en la soledad de mi habitación tiraré mis gafas y el ladrillo de Marcel Proust por la ventana y activaré la Máquina del Tiempo. Espero no haber olvidado cómo se hacía...

Lo más difícil será dar el primer salto. Es lo único que me preocupa ahora.

Ese primer salto.
